

EL ALBA

Vol. 32 No. 5

Septiembre - Octubre 2017

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA:A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Cielos nuevos y tierra nueva 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Siete diáconos seleccionados 17

Felipe y el eunuco etíope 20

Ananías encuentra a Saulo de

Tarso 23

Pedro enviado a Cornelio 26

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

Orden y Disciplina en la Nueva
Creacion Parte XXIV 29

The Dawn – SPANISH Edition

SEPT – OCT 2017

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Cielos nuevos y tierra nueva

“Pero nosotros esperamos, según su promesa, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.”

— 2 Pedro 3:13 —

Para los estudiantes sinceros de la Biblia las promesas de Dios son de vital importancia. Especialmente al ser testigos de la agitación, la incertidumbre y el mal presentes en el mundo entero en que vivimos. Una de las reconfortantes promesas de la Biblia se encuentra en nuestro texto: Dios establecerá un “cielo nuevo” y una “tierra nueva” en los cuales prevalecerá la justicia, en lugar del mal. El apóstol Pedro usa un lenguaje simbólico para describir esta promesa, pero en resumen significa que por autoridad divina Cristo establecerá en la tierra un gobierno nuevo y justo, a través del cual las promesas de paz de la Biblia “sobre la tierra” y “buena voluntad hacia los hombres” se cumplirán gloriosamente. —Lucas 2:14

Sin embargo la palabra inicial de nuestro texto es muy significativa pues indica que los nuevos cielos y la nueva tierra que ha prometido el Señor están en contraste con lo que Pedro había estado discutiendo. Yendo a los versículos precedentes del capítulo la razón es muy evidente. Había estado retratando un tiempo de

destrucción y problemas diciendo que un “cielo” y “tierra” pasarían y que “los elementos ardiendo serán deshechos” —v. 10

Incluso esta imagen de destrucción no nos da el pleno significado del uso de Pedro de la palabra “pero”. La fuerza completa de ella se hace evidente sólo cuando leemos los vv. 3 y 4, que son la introducción a la lección general del capítulo, y que dicen: “Sabiedo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento [griego: *parusía*, que significa ‘presencia’]? Porque desde el día en que los padres se durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación”.

En Hechos 3:20-22 se cita al mismo Pedro afirmando que tras la segunda venida de Cristo habría “tiempos de restauración de todas las cosas” y que se había anunciado esta gloriosa obra a los “padres” por todos los santos profetas de Dios. Ahora, en su epístola, nos indica que cuando el Señor regresare y su segunda presencia fuese una realidad, algunos se burlarían. No verían evidencia visible de la presencia de Cristo y concluirían que todo continúa como desde la creación.

A través del testimonio de los profetas, los padres de Israel creyeron que la venida del Mesías traería bendiciones ricas y duraderas de paz, salud y vida. Uno de los textos que lo prueba, y que Pedro citó en su sermón, es la promesa hecha a Abrahán de que a través de su “simiente... todas las familias de la tierra” serían bendecidas. Los creyentes en estas promesas hechas a los padres y repetidas por Pedro tienen derecho a esperar que el regreso de Cristo traiga las bendiciones

prometidas (Hechos 3:25; Gen. 12:3; 22:18) que fluyen hacia el mundo.

Es con este punto de vista con el que Pedro está de acuerdo cuando usa la palabra “pero”, pues continúa: “Nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”. Sin embargo, Pedro, antes de llegar a este punto de su lección, nos recuerda que hay acontecimientos catastróficos en los asuntos mundiales que lo preceden y en preparación para las bendiciones disponibles a través de los nuevos cielos y de la nueva tierra.

Al presentar esta información, Pedro usa la ilustración y el lenguaje empleados por Jesús en su gran profecía referente al tiempo de su regreso y el fin de la edad presente. Jesús se refirió a ellas como los “días del Hijo del Hombre” y dijo que aquellos días serían “como en los días de Noé” y en los “días de Lot.” —Lucas 17:26-30

Refiriéndose a ello, Pedro dice que quienes se burlan y cuestionan la promesa de su presencia son “voluntariamente ignorantes”, porque deben tener en cuenta estos ejemplos de destrucción previa que Jesús había usado en su gran profecía. Así, Pedro nos recuerda los días de Noé diciendo: “que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua.” —2 Ped. 3:5-6

Entonces sigue dándonos el significado de la ilustración que Jesús usó e informa de que en el “día del Señor”, los presentes “cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y

las obras que en ella hay serán quemadas” (v. 10). Así, la lección general que Pedro presenta es evidente: Cristo regresa para establecer su reino y bendecir a todas las familias de la tierra; sin embargo, para lograrlo, la primera obra tras su regreso debe ser la destrucción del mundo de Satanás—“los cielos y la tierra, que existen ahora.” —v. 7

LENGUAJE PICTÓRICO

En nuestro estudio de la profecía de Pedro es importante darse cuenta del uso que da a los términos “cielos”, “tierra” y “elementos” como símbolos de los diversos aspectos de un orden mundial. Por ejemplo, en los versículos 5 y 6 citados anteriormente, habla del orden mundial, los cielos y la tierra, que desapareció en el momento del diluvio. Los cielos y la tierra físicos no pasaron, fue el orden mundial existente antes del Diluvio lo que fue destruido. Si bien es cierto que casi todas las personas murieron también, el punto que Pedro saca se basa de esta catástrofe es la importante consideración de que “el mundo [griego: *kosmos*, que significa ‘disposición ordenada’] de entonces pereció anegado en agua.” —v. 6

Hoy en día muchos estudiantes de la profecía están convencidos de que la generación actual está presenciando la destrucción de otro orden mundial, y que lo que ha estado ocurriendo en la tierra durante muchos años es el cumplimiento del pronóstico bíblico relacionado con este tiempo. Creen en el testimonio de la Biblia de que la tierra misma “permanece para siempre”, pero ven en los desmoronados sistemas del mundo y en el caos y trastorno general de la sociedad en todas partes

el colapso de lo que el apóstol Pablo llama el “presente siglo malo.” —Eccl.1:4; Gál.1:4

Jesús predijo que resultaría un tiempo de “gran tribulación” tan severo que, a menos que terminara con la intervención divina, “nadie sería salvo” (Mat. 24:21-22). El Apóstol Pablo, identificando el mismo periodo con el “día del Señor”, dijo que entonces “la destrucción repentina” vendría sobre el mundo “como los dolores a la mujer encinta.” —1 Tes. 5:1-3

Estas y otras profecías acerca del fin del actual orden mundial describen con acierto lo que los estudiantes de la Biblia discernen. El primer espasmo significativo de destrucción comenzó en 1914 y resultó en el derrocamiento de casi todos los gobernantes hereditarios de Europa. La segunda guerra mundial resultó en un debilitamiento adicional del tejido de la civilización.

Desde entonces han estallado innumerables guerras, grandes y pequeñas, por toda la tierra. Muchas aún hoy. A esto se suma la creciente decadencia moral del mundo, el extremismo religioso, el caos político, las incertidumbres económicas y la siempre presente amenaza de una guerra nuclear. La humanidad está agudizando su ingenio para resolver estos problemas. De hecho, la gran tribulación que predijo Jesús está ya seguramente sobre nosotros.

El potencial destructivo de la situación actual del mundo es muy grande. Podemos preguntarnos si la referencia de Pedro al “calor ferviente”, que hace que los elementos del actual orden mundial se derritan, podría no transmitir la idea de una devastación literal. En este tiempo de gran tribulación, “tal como no fue desde el

principio del mundo”, seguramente habrá una destrucción generalizada, independientemente de cómo pueda producirse; sin embargo, pensamos que Pedro está hablando en gran parte con lenguaje simbólico.

SÍMBOLOS ESPIRITUALES Y TERRESTRES

Los símbolos en la Biblia se usan por su capacidad de ilustrar el tema tratado. En todas las civilizaciones establecidas han existido dos aspectos importantes, que en la Biblia se describen simbólicamente como “cielos” y “tierra”. Como sabemos, toda vida en la tierra literal está sometida de una u otra forma a las influencias ejercidas por los cielos: nuestras estaciones, nuestros años, nuestros días y nuestras noches están controlados por los cielos.

Debido a que el hombre fue creado a imagen de Dios, es por naturaleza un ser que se extiende en adoración y dependencia a un poder superior. Aunque la raza humana se ha apartado en gran medida del verdadero Dios, el Creador, el pueblo ha tenido respeto por las influencias religiosas en sus asuntos. En algunos casos se ha ejercido a través de varios tipos de dioses y en otros los gobiernos civiles han sido establecidos como objetos de veneración y adoración.

Es este aspecto de toda civilización, u orden mundial, lo que está simbolizado en la Biblia por los cielos, mientras que la tierra representa una sociedad organizada que está más o menos sujeta a tales cielos simbólicos. Es esta combinación la que Pedro describe como un “mundo”, o *kosmos*, como se dice en griego. Así, cuando Pedro habla de que los cielos y la tierra pasarán y de que los elementos se fundirán no está

diciendo que el sol, la luna y las estrellas reales en los cielos y la tierra física con todos sus elementos serán destruidos.

La palabra “elemento”, como la usa Pedro, nos da una idea de lo que quiere decir y traduce una palabra griega que denota “un arreglo ordenado”. El apóstol Pablo utiliza esta misma palabra cuando escribe a los cristianos de Galacia y les habla de volverse hacia los “débiles y pobres rudimentos” (Gál. 4:9). Aquí se refiere a las ordenanzas de la antigua Ley Mosaica, de la cual los cristianos son libres. El punto es que usó la palabra para describir los arreglos y costumbres, elementos, por los cuales el pueblo había sido gobernado una vez, y Pedro lo usa de la misma manera.

La referencia de Pedro a los elementos de los cielos y de la tierra, sin embargo, es mucho más comprensiva. Y lo es porque está hablando de todas las leyes hechas por el hombre, morales, costumbres, puntos de vista, religiosos y civiles, por las cuales el actual orden social ha sido gobernado a través de los siglos, y nos dice que en el “día del Señor” se fundirán con calor ardiente.

Sin darse cuenta, la gente del mundo durante el siglo pasado con perspicacia para comprender la importancia de lo que ha estado ocurriendo se refiere a estos eventos como “fuego”. Durante la Primera Guerra Mundial, el Presidente Woodrow Wilson dijo: “El mundo está en llamas”. Cuando comenzó la segunda otro estadista se refirió a ella como “fuego de cuatro alarmas”. Este simbolismo se usa libremente en las profecías que predicen el fin del presente orden mundial.

Esta fundición simbólica de los elementos, por supuesto, resulta en una gran destrucción física. Se han reducido a escombros grandes porciones de muchos países durante las guerras, las revoluciones y el terrorismo que han plagado al mundo durante este proceso. Más significativo, sin embargo, ha sido el derretimiento de los elementos sociales, políticos, religiosos y morales que durante siglos se vieron como medida de estabilidad. Las ciudades y pueblos han sido reconstruidos, pero los esfuerzos para restaurar otros elementos de este orden mundial han fracasado.

La angustia, el miedo y la perplejidad general han resultado de la fundición de todos estos elementos del mundo actual. Millones de personas están enojadas y desilusionadas por la incapacidad de sus líderes para proporcionarles la paz y seguridad que consideran legítimas disfrutar. Independientemente de los niveles de estabilidad del pasado parecen ahora verse por muchos de los llamados jefes de la sociedad basados en leyes, costumbres y puntos de vista anticuados. Como resultado la ley y el orden generales, el respeto por el prójimo y la tolerancia a opiniones diferentes están desapareciendo rápidamente de la tierra. Todas estas condiciones son sin duda indicios de que el derretimiento de los elementos de este mundo está avanzando hacia la conclusión de la que habló Pedro: la desaparición del orden presente.

MUCHOS ELEMENTOS

Como sugieren los párrafos anteriores el mundo actual se compone de muchos elementos, tanto religiosos como civiles. No todos son malos en su totalidad, a pesar

de las actuales condiciones mundiales. En medida en que las normas éticas y morales de la Biblia se han mantenido entre el pueblo las personas se han beneficiado de ellas, al igual que sus líderes. Sin embargo, estos ejemplos positivos son cada vez menos en comparación con la creciente degradación de la sociedad actual. Así, cuando Pablo habla del nuestro como “mundo malo” quiere decir que en el cuadro general el mal predomina.

En este mundo hay muchos elementos religiosos, de los que el Cristianismo, el Islam, el Hinduismo y el ateísmo son sólo algunos de los más notables. También hay muchos elementos civiles: el trabajo, el capital, lo social, lo moral, lo político; y de negocios y económicos. No requiere un discernimiento especial darse cuenta de que entre estos diversos elementos existe hoy día una fricción perjudicial, e incluso violenta, y que han perdido en gran medida la cohesión y la tolerancia anteriores que, en los siglos pasados, unía el mundo.

También es notable la tendencia cada vez mayor en todo el mundo hacia la laxitud en el cumplimiento de las restricciones anteriores, las leyes y las prácticas éticas en general. Se desacata el derecho local, nacional e internacional bajo el más mínimo pretexto. Los gobiernos y sus líderes olvidan sus promesas y responsabilidades. Estos ejemplos de infidelidad llegan a las comunidades, e incluso a los hogares, haciendo perder a las masas gradualmente el respeto por los principios más honorables alguna vez tenidos en estima.

Hay excepciones nobles a esta tendencia. Simplemente estamos describiendo el desarrollo general,

que sigue esencialmente el mismo patrón en todo el mundo. En este y en otros países, hombres y mujeres honorables están haciendo arduos esfuerzos para contener la marea de decadencia social, política, moral y económica, pero en general los resultados son escasos.

LOS CIELOS SACUDIDOS

Entre las muchas señales que dio Jesús de la época de su segunda presencia y del fin de los tiempos fue que “las potencias de los cielos serán sacudidas” (Lucas 21:24-26) y predijo que como resultado los hombres desfallecerían de temor. ¡Qué cierto ha demostrado ser! Si la gente de todas las naciones creía hoy que los elementos religiosos de la sociedad pudieran ayudar a resolver los problemas actuales del mundo, con qué rapidez se dispararían sus temores.

Sin embargo, saben que no es posible. Algunos de los elementos religiosos más extensamente seguidos del mundo apoyan la violencia como base de su creencia; otros elementos cada vez mayores son de naturaleza atea, que tienen poco o ningún respeto por los conceptos religiosos del mundo que los rodea; incluso entre algunas de las religiones occidentales más tradicionales hay una creciente falta de respeto por los principios de rectitud. Sin duda que podemos ver que los poderes e influencias del mundo religioso, los cielos simbólicos, están siendo sacudidos hasta la médula.

Grupos de hombres y mujeres decididos en las iglesias participan en discusiones esperanzadoras y aprueban resoluciones que indican lo que piensan que deben hacer los líderes de sus respectivos países en distintas situaciones, pero se les presta poca atención.

Incluso entre los que profesan afiliación religiosa, la gran mayoría opta por no involucrarse. Por ejemplo, en Estados Unidos más del ochenta por ciento de las personas afirman tener alguna afiliación religiosa, pero sólo el veinte por ciento asiste a servicios religiosos con cierta regularidad. En muchos otros países la situación es igualmente desalentadora desde el punto de vista de la participación religiosa.

Estamos llamando la atención sobre este cuadro no para criticar ni condenar los elementos religiosos del mundo actual, sino sobre los hechos y las condiciones que están cumpliendo las profecías bíblicas de los acontecimientos que se producirán al final de la presente edad. Afortunadamente, estas condiciones pronto llegarán a su fin, dando paso al establecimiento de los nuevos cielos y la nueva tierra divinamente prometidos.

NUEVOS CIELOS Y NUEVA TIERRA

Junto con el derretimiento de los diversos elementos del mundo actual ha habido un aumento sin precedentes de conocimiento en todas las áreas de investigación. Esto también fue profetizado en las Escrituras. Daniel, al hablar del “tiempo de angustia” y del “tiempo del fin”, dijo que “muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará” (Dan. 12:1 y 4). La ciencia médica es sólo uno de los muchos ejemplos: se han hecho excepcionales progresos, especialmente en el mundo occidental, para la erradicación, el tratamiento y la atención preventiva de las enfermedades. La esperanza de vida media en muchos países se ha triplicado desde finales del siglo XIX.

Esto no significa que el hombre por sí mismo encuentre una manera de vivir para siempre. El poder de la vida se sostiene bajo el control divino y la bendición de la vida eterna llegará al pueblo sólo a través de los nuevos cielos y la nueva tierra que Dios ha prometido. ¡Cuán múltiples serán las bendiciones prometidas por Dios! La paz, universal y eterna, será una de ellas. Junto con sus fieles asociados Cristo Jesús será el gobernante justo de ese nuevo orden mundial. Murió por sus súbditos para poder ofrecerles salud y vida (1 Ped. 3:18; Isa. 53:4-6; Juan 6:51; Rom. 5:6-8) Así, Cristo gobernará no sobre una raza moribunda, sino sobre una raza a la que se le dará una oportunidad de ser restaurados a la perfección mental, moral y física, y de vida para siempre. —Lucas 19:10; Hechos 3:21; 1 Tim. 2:3-6

¿Por qué, puede alguien preguntar, se describe a ese nuevo reino, ese nuevo orden mundial, de la Biblia como un nuevo cielo y una nueva tierra? Es por la misma razón por la que el mundo antes del Diluvio y este “presente siglo malo” se describen simbólicamente. El nuevo mundo de Dios también tendrá sus aspectos espirituales y materiales. Cristo, junto con su iglesia, será el gobernante espiritual en los nuevos cielos, la fuente de los elementos justos y santos en ese nuevo mundo. La clase de “iglesia” está compuesta por aquellos descritos por Pablo que sufren con Cristo, para que también puedan reinar con él. —Rom. 8:17; 2 Tim. 2:12; Apoc. 20:6

La clase de Cristo, Jesús y la iglesia, ejercerá su autoridad gobernante a través de representantes humanos. Éstos, creemos, serán los antiguos profetas

resucitados y otros fieles de edades pasadas. Para empezar, constituirán los representantes justos y los maestros de la nueva tierra. Poco a poco, sin embargo, todos los voluntarios y obedientes de la humanidad se asociarán con estos “príncipes” en un orden mundial basado en elementos de paz y rectitud. Bajo la influencia de estos elementos se recordará el nombre de Dios “en todas las generaciones, por lo cual te alabarán los pueblos eternamente y para siempre.” —Sal. 45:16-17

Como explica el salmista, estos “príncipes” han de ser los que antes eran considerados los “padres” en Israel. En cuanto a su posición en el nuevo orden mundial de Dios, Jesús dijo que el pueblo vendría del este, del oeste, del norte y del sur y se sentaría con Abrahán, Isaac, Jacob y todos los profetas (Lucas 13:28-29) Esto indica que estos padres fieles serán reconocidos por toda la humanidad como maestros bajo Cristo.

Las fases espirituales y terrenales del reino de Dios, los nuevos cielos y la nueva tierra, también se describen simbólicamente como “Sion” y “Jerusalén”. El profeta Isaías usa este simbolismo diciendo: “Y vendrán muchos pueblos y dirán: venid y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.” —Isa. 2:3

Será porque se darán a conocer a la gente las justas leyes de Dios, y aplicadas, que la justicia predominará y prevalecerá en los nuevos cielos y tierra prometidos. En cada rincón de la tierra, esto resultará en batir “espadas en arados” y “lanzas en hoces”, porque

“no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.” —v. 4

Individualmente, significará que cada hombre se sentará “debajo de su vid y debajo de su higuera; y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado” (Miq. 4:4). La morada bajo la viña y la higuera sugiere paz, seguridad económica y prosperidad. Ahora el mundo teme al futuro, sin embargo, ninguno tendrá miedo, porque todos se darán cuenta de que se ha establecido un nuevo orden mundial en el que el divino Cristo es el centro, el justo gobernante, “el Padre eterno” y “el Príncipe de Paz.” — Isa. 9:6-7

La referencia del apóstol Pedro en nuestro texto inicial a la promesa de Dios de nuevos cielos y una nueva tierra, se dio primero por Isaías: “Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado... No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de cien años, y el pecador de cien años será maldito. Edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo.” —Isa. 65:17-22

En la isla de Patmos, el apóstol Juan, en visión, vio el cumplimiento de esta promesa. Mientras que la profecía dada a través de Isaías declara que en los nuevos cielos y tierra nueva ya no habrá “niño que muera de pocos días”, Juan recibió una visión más

completa al afirmar que “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” —Apoc.21:1-4

Sigamos entonces buscando los nuevos cielos y la nueva tierra prometidos. Es este nuevo reino y su gobierno el único que resolverá los actuales problemas desconcertantes de una raza maldita y moribunda por el pecado. Con esta esperanza ante nosotros, comprenderemos el significado de los acontecimientos que están causando que los elementos del presente orden mundial se derritan y no nos alarmaremos por el resultado. De hecho, como advirtió Jesús, vamos a levantar nuestras cabezas, sabiendo que nuestra “liberación se acerca.” —Lucas 21:28, *Nuevo Testamento de Weymouth*.

Siete diáconos seleccionados

Versículo Clave: **EN LOS DÍAS** de la Iglesia primitiva las viudas, en términos generales, no tenían ingresos y dependían a menudo de la caridad para sus necesidades materiales. A este respecto, “hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria” (Hechos 6:1). Los griegos eran cristianos de lengua griega y no judíos por nacimiento. No creemos que la situación descrita en el versículo anterior fuera causada por cualquier parcialidad intencional o negligencia de las viudas griegas; más bien, pudo haber creado confusión y malentendido entre los hermanos las diferencias entre el lenguaje y la cultura de griegos y hebreos.

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quien encarguemos de este trabajo.”
— **Hechos 6:3**

**Escritura
Seleccionadas:**
Hechos 6:1-8

— **Hechos 6:1).** Los griegos eran cristianos de lengua griega y no judíos por nacimiento. No creemos que la situación descrita en el versículo anterior fuera causada por cualquier parcialidad intencional o negligencia de las viudas griegas; más bien, pudo haber creado confusión y malentendido entre los hermanos las diferencias entre el lenguaje y la cultura de griegos y hebreos.

Cuando se les señaló este asunto, los apóstoles lo encararon prontamente convocando “a la multitud de

los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quien encarguemos de este trabajo.” —vv 2-3

Esta recomendación de los apóstoles “agradó... a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía.” (v. 5) Es interesante observar que los siete elegidos por la multitud tenían nombres griegos. Aquí vemos la sabiduría de la congregación de hermanos en la Iglesia primitiva al seleccionar deliberadamente a siete hombres que eran griegos, que podrían identificar y atender mejor las necesidades específicas de las viudas de los griegos.

Otra lección que podemos aprender de este relato es que cada iglesia separada, o “ecclesia”, considera al Señor como su Cabeza (Efe. 5:24; Col. 1:18) Por tanto cada congregación del pueblo del Señor debe tratar de reconocer la voluntad de la Cabeza con respecto a todos sus asuntos. Es muy apropiado, pues, que los asuntos generales de una ecclesia sean decididos por la congregación, y no por una sola persona ni por los ancianos de la iglesia solamente. —Mat. 18:17; 1 Tim. 3:15

La palabra “diácono” viene del griego *diákonos*, que significa “servidor”. El apóstol Pablo describe los requisitos que deben guiar a la congregación a seleccionar hermanos como diáconos, que incluye: buen carácter cristiano, fidelidad a la Verdad y celo por el servicio al Señor y a su rebaño. Pablo concluye diciendo:

“Porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.” —1 Tim. 3:8-13

El apóstol Pablo también usa la misma palabra griega en un sentido más amplio, cuando se refirió a sí mismo y a Timoteo como (2 Cor. 6:4) “ministros [*diákonos*] de Dios”. Por lo tanto, vemos que todos los ancianos verdaderos en la Iglesia son también diáconos o sirvientes. Jesús usó este término en un sentido aún mayor al decir a sus discípulos: “El que es el mayor de vosotros, sea vuestro servidor [*diákonos*]” (Mat. 23:11) Aquí vemos que el privilegio de servir a los hermanos no se limita sólo a los que sirven como diáconos ni a los elegidos como ancianos, sino que, más bien, todos los seguidores consagrados del Señor deben ser siervos, “servíos por amor los unos a los otros.” —Gál. 5:13

Felipe y el eunuco etíope

Versículo clave:
*“Entonces Felipe,
abriendo su boca, y
comenzando desde esta
escritura, le anunció el
evangelio de Jesús.”*
— *Hechos 8:35*

**Escrituras
Seleccionadas:**
Hechos 8:26-39

UN DIÁCONO con el nombre de Felipe había estado predicando el evangelio en Samaria, cuando un ángel del Señor le ordenó viajar al sur y seguir el camino que iba “de Jerusalén a Gaza” (Hechos 8:5 y 26). Felipe “se levantó y fue. Y sucedió que un etíope, eunuco, funcionario de Candace, reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar, volvía sentado en su carro, y leyendo al profeta Isaías.” —vv 27-28

El deseo del eunuco de adorar a Dios se indica no sólo por haber viajado solo la gran distancia de Etiopía a Jerusalén, sino especialmente por su búsqueda y lectura de las Escrituras. La costumbre en ese momento era leer en voz alta. Evidentemente mientras Felipe caminaba, oyó al eunuco leer a Isaías cuando pasaba el carro.

Por el Espíritu Santo, el Señor se dirigió a Felipe: “Acércate, y júntate a ese carro. Acudiendo Felipe, le oyó que leía al profeta Isaías” (vv. 29-30). El pasaje que estaba leyendo el eunuco era: “Como oveja a

la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca. En su humillación no se le hizo justicia; mas su generación, ¿quién la contará? Porque fue quitada de la tierra su vida.” —vv. 32-33; Isa. 53:7-9

Felipe le preguntó amablemente al eunuco: “¿Entiendes lo que lees?” (Hechos 8:30) El eunuco contestó humildemente “¿cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él... Y el eunuco dijo a Felipe: ¿De quién dice el profeta esto: de sí mismo o de algún otro?” —vv. 31, 34

Nuestro versículo clave nos dice que Felipe le indicó al eunuco que el profeta Isaías estaba hablando de Jesús. Aquí hay un ejemplo del método usual de Dios para enseñar a un buscador de la verdad: usando su palabra inspirada como texto y enviando a su representante para exponerlo. En este caso, la providencia de Dios se manifestó en las escrituras que el eunuco estaba leyendo, lo que abrió la oportunidad para que Felipe le instruyera empezando con el mismo fundamento de la doctrina de Cristo: que Jesús murió como “rescate por todos.” —1 Tim. 2:5-6

La enseñanza de Felipe al eunuco debió ser muy completa. Creemos que también explicó el privilegio especial para los que se consagran plenamente ahora, durante la presente Edad Evangélica, a hacer la voluntad de Dios y convertirse, si permanece fiel hasta la muerte, en coherederos con Cristo (Rom. 6:3-14; 8:16-17). Después de conocer el llamado celestial y hacer una consagración plena a Dios, el eunuco estaba ansioso de dar testimonio externo por el bautismo en agua o inmersión. (Hechos 8:36-37). Como recordamos, el

bautismo en agua “en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” había sido autorizado por Dios a partir de Pentecostés. —Hechos 2:38

Después bautizarlo Felipe, el eunuco “siguió gozoso su camino.” (Hechos 8, 39) Sin duda Felipe también se regocijó al ser usado por Dios como vaso escogido para llevar su nombre a uno de sus hijos amados. Que también tengamos tales ocasiones para regocijarnos en Dios y en sus providencias manifestadas hacia nosotros en dar testimonio del mensaje del Evangelio.

Ananías encuentra a Saulo de Tarso

Versículo clave: *“Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.”*

— **Hechos 9:17**

Escrituras Seleccionadas:
Hechos 9:10-20

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:2-4). Cuando Saulo preguntó quién le hablaba, la respuesta fue: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (vv. 5-6). Saulo no perseguía directamente al Señor glorificado, sino que estaba persiguiendo al “cuerpo de Cristo”, a sus seguidores. —1 Cor. 12:12 y 27

Al levantarse Saulo del suelo se dio cuenta de que estaba ciego. Los que viajaban con él lo llevaron de la mano a Damasco (Hechos 9:8). ¡Qué tremenda pena y culpa debió haber tenido al darse cuenta ahora de que los

EL CELO MAL dirigido de Saulo de Tarso, no según conocimiento, lo había llevado a perseguir enérgicamente a los seguidores de Jesús. Mientras viajaba a Damasco para encarcelar a las personas que encontraba que abrazaron el camino de Cristo, “repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo.” Una voz dijo:

mismos a los que había perseguido eran realmente los verdaderos adoradores de Dios! Una prueba de ello es que durante tres días “no comió ni bebió” (v. 9). La persona promedio puede vivir hasta varias semanas sin tomar ningún alimento; sin embargo, pocas pueden sobrevivir, o evitar consecuencias graves para la salud, sin beber durante más de tres o cuatro días. Dios, sin embargo, no permitió que Saulo muriera o sufriera mala salud por no comer ni beber. En su lugar, Dios envió a Ananías, uno de sus humildes y obedientes siervos que vivían en Damasco para intervenir. —v.10

El Señor dijo a Ananías: “Ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso”. Saulo había estado orando durante este tiempo y, de alguna manera, Dios le indicó que un hombre llamado Ananías vendría y le restauraría la visión (vv. 11-12). Ananías respondió con inquietud: “Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén: y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.” —vv. 13-14

El Señor tranquilizó a Ananías, diciendo: “Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (vv.15-16). Nuestro Versículo Clave indica que Ananías fue alentado y fue a Saulo como el Señor había instruido y le dijo a Saulo que había sido enviado por Jesús y era el instrumento que Dios usaría para restaurarle la vista. Ananías también le dijo que estaría lleno del Espíritu Santo de Dios. “Al momento le cayeron de los ojos como

escamas: y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado.” —v. 18

Reflexionando sobre su anterior mal dirigido celo Pablo escribió más tarde: “Yo soy el más pequeño de los apóstoles... porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy.” (1 Cor. 15:9-10) Similarmente, Dios también nos “llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús.” (2 Tim. 1:9) “El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.” —1 Sam. 16:7

Pedro enviado a Cornelio

Versículo clave: “Y les dijo: Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo.”
— *Hechos 10:28*

Escrituras Seleccionadas:
Hechos 10:19-33

sin embargo, la oportunidad de seguir a Cristo se abrió a los gentiles. Nuestra lección es el relato de Cornelio, un hombre devoto que oraba con frecuencia, pero que no era judío. Un ángel del Señor vino a Cornelio y le dijo: “Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante Dios. Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón... él te dirá lo que es necesario que hagas.” —Hechos 10:2-6

Cornelio era oficial del Imperio Romano, capitán de más de cien hombres, “centurión de la compañía llamada la italiana” (Hechos 10:1). Se regocijó al oír el mensaje del ángel y mostró su fe contando

AUN CUANDO el favor de Dios a Israel como nación terminó al morir Jesús, los israelitas individuales tuvieron la oportunidad después de arrepentirse, alejarse del pecado, ser bautizados en Cristo y recibir el Espíritu Santo (Hechos 2:38; 3:19). Al llegar el tiempo debido de Dios,

inmediatamente a sus siervos y soldados lo que había sucedido y enviándolos a Jope para encontrar a Pedro. —vv. 7-8

Mientras los siervos de Cornelio se acercaban a Jope, Pedro estaba en la azotea orando. De repente, recibió una visión del Señor. Vio el cielo abierto, y un lienzo que descendía, como una gran sábana tejida en las cuatro esquinas: donde había todo tipo de bestias de cuatro patas de la tierra y bestias salvajes, reptiles y aves del aire. Y le vino una voz: Levántate, Pedro; mata y come.” —vv. 9-13

Pedro, sin embargo, respondió: “Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás. Volvió la voz a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común”. Esta visión se repitió dos veces más, y luego, mientras pensaba en ello, “el Espíritu le dijo: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado.” (vv 14-20) Nuestro versículo clave señala que Pedro se dio cuenta de que no le correspondía llamar a ninguna persona “común o inmunda”.

Pedro descendió y dijo a los hombres que Cornelio había enviado: “¿Cuál es la causa por la que habéis venido?” Ellos respondieron: “Cornelio el centurión, varón justo y temeroso de Dios, y que tiene buen testimonio en toda la nación de los judíos, ha recibido instrucciones de un santo ángel, de hacerte venir a su casa para oír tus palabras”. Pedro entonces viajó a la casa de Cornelio. Cuando llegó, no sólo estaba Cornelio esperando, sino que había “reunido a sus parientes y amigos cercanos.” Cuando Pedro entró en la casa,

“Cornelio se encontró con él, se postró a sus pies y lo adoró. Pero Pedro lo levantó diciendo: Levántate; yo también soy un hombre.” —vv. 21-26

El apóstol Pedro no quería que nadie lo adorara. Aquí, y en otros lugares de la Biblia se nos dice que no adoremos a los apóstoles, ni siquiera a los ángeles. Jesús ordenó a sus seguidores que no llamaran a nadie en la tierra “Rabí” o “Padre”, porque, dijo, “uno es vuestro Maestro, el Cristo” (Mat. 23:8-10). Tengamos una apreciación humilde similar de aquellos a quienes usa el Señor para anunciar el mensaje del Evangelio.

“ORDEN Y DISCIPLINA EN LA NUEVA CREACION”

Parte XXIV

Todos hemos recibidos las enseñanzas erróneas de que el pago por el pecado del padre Adán, la maldición, el castigo, debía ser tormento eterno, que nosotros y por lo tanto toda la humanidad heredamos ese indescriptible castigo como resultado del pecado original, y que solamente los que se convierten en seguidores de Jesús, santos consagrados, escaparán de ese tormento eterno. Pero, queridos amigos, nosotros encontramos que la Palabra de Dios no favorece ese plan tan irracional, injusto y falto de afecto, y que las Escrituras establecen muy claramente, por el contrario, que la paga del pecado es la *muerte*, que la vida eterna es la *dádiva* de Dios, y que nadie puede tener esta *dádiva* excepto aquellos que llegan a estar unidos de manera vital con el querido Hijo de Dios. En consecuencia, vemos que, ya que el perverso no recibirá la vida eterna, ellos no podrían sufrir la miseria eterna. La declaración de las Escrituras es muy sencilla y muy razonable: “Jehová guarda a todos los que lo aman, mas *destruirá* a todos los impíos.” (Salmos 145:20).

Noten cuán claramente fue establecido esto para el padre Adán cuando él fue puesto a prueba, y nuestro Padre Celestial sentenció lo que sería el castigo

proveniente de su cólera justificada por su desobediencia. La declaración es que el Señor hizo abundantes provisiones para nuestros primeros padres en los diversos árboles frutales en el Paraíso, y simplemente los puso a prueba con respecto a la obediencia al prohibirles que coman o aun prueben o toquen el fruto de un árbol en particular. Esta desobediencia fue lo que acarreó la exclusión del Paraíso, la exclusión de los árboles (bosque) de la vida, y en consecuencia los condujo gradualmente a las condiciones de muerte que aun prevalece, para todos es sabido que el promedio de vida humano hoy en día es mucho menor que el del padre Adán, quien “vivió novecientos treinta años”.

Las palabras del Señor como se presentan en el libro de Génesis son: “el día que de él comieres, ciertamente morirás”. Este “día” el Apóstol Pedro nos explica, fue un día del Señor, con respecto a lo que él dice: “No ignoréis esto: que para con el Señor, un día es como mil años y mil años como un día”, y fue en este “día” que Adán murió, y nadie de su posteridad ha vivido nunca un día completo de mil años. Después de la trasgresión de Adán, las palabras del Señor de condena muestran muy claramente que él no tuvo la intención de atormentar a sus criaturas y que la maldición no se extendió más allá para la destrucción de la presente vida y de las tribulaciones inherentes relacionadas con la condición de muerte. La expresión del Señor de maldición para Adán fue “con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás.” (Génesis 2:17; 3:19; 2 Pedro 3:8).

Ciertamente es una gran causa de regocijo el darse cuenta que la terrible doctrina del tormento eterno, con su imposición, no solamente sobre nuestros primeros padres, sino sobre todos los de su raza, todos sus hijos, es una falsa doctrina que no nos llegó de la Biblia, sino de la “Edad de las Tinieblas”. No está en la declaración del Señor en ningún sentido de la palabra. Escuchemos la explicación del Apóstol Pablo sobre el asunto, en completo acuerdo con el relato del Génesis. Él dice en Romanos 5:12: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. ¿Qué podría ser más razonable o sensato o más satisfactorio que esta divina explicación de la muerte?, que es el resultado del pecado; que nuestro padre Adán, cuando fue procesado, perdió todos sus derechos y privilegios por desobediencia y cayó bajo esta maldición de enfermedad, dolor, aflicción, dificultades y muerte, y que nosotros, sin haber sido procesados (siendo inútil procesarnos a nosotros que hemos heredado las tendencias y debilidades pecaminosas) somos partícipes de esta misma sentencia divina contra el pecado; a saber, la *muerte*, y estamos, como raza, decayendo gradualmente en debilidad, enfermedad, dolor y dificultades hacia la tumba.

La explicación es satisfactoria para nuestro criterio, y explica el hecho de que el bebé de una hora, un día, una semana o un mes ya comparte el proceso de dolor y de muerte así como aquellos que viven unos cuantos años más y participan personalmente en la trasgresión de las leyes de rectitud. “He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” es la

declaración de las Escrituras sobre este punto. “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”.

Pero ahora, ¿dónde está la esperanza? ¿Qué ayuda puede haber para una condición tan triste? ¿Qué se puede hacer para aquellos que están ahora sufriendo aflicción y muriendo, en todo el mundo, y qué se puede hacer para los miles de millones que ya han caído en la prisión de la muerte? Respondemos que ellos ciertamente no pueden hacer nada por ellos mismos. Seis mil años de esfuerzo humano para salir por sí mismos de la enfermedad, dolor y muerte han demostrado incuestionablemente, lo completamente infundado que son cualquiera de las esperanzas de ese tipo. Aquellos que ejercen la esperanza deben hacerlo apreciando al Señor, el Dios de nuestra salvación. Él ha propuesto una salvación, y la Biblia es la revelación del glorioso plan de todos los tiempos que Dios está llevando a cabo, paso a paso. El primer paso fue el de la redención, el pago del castigo que fue en contra nuestra, el castigo de la muerte. Fue pagado por nuestro Señor Jesús, quien “murió, el justo por el injusto, que él podría habernos llevado hasta Dios”. Nadie que pertenezca a la raza condenada podría tanto como redimirse así mismo, y desde luego sin duda, como lo indicó el profeta: “Nadie podría dar a Dios un rescate por su hermano”. Pero el pecado del hombre se convirtió en la oportunidad de Dios, y él envió a Jesús, quien dio su *vida incólume* por nosotros, que fue “santa, inofensiva, separada de los pecadores”. Esta vida que Dios acepta como el correspondiente precio y compensación para la vida condenada del padre Adán, y así nos vale para todos nosotros que somos parte de los

hijos de Adán, porque nosotros no estuvimos condenados por *nuestra propia* cuenta, sino “por la desobediencia del hombre”, de aquí que Dios puede ser justo y puede librarnos por medio de la obediencia y el rescate de Jesucristo, nuestro Señor. De él se ha escrito que “el cual se dio a sí mismo, en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.” (1 Timoteo 2:6).

Queridos amigos, entretanto démonos cuenta, que nuestro Señor Jesús no redimió simplemente a la Iglesia, sino como lo establecen claramente las Escrituras, “Y él es la propiciación (sacrificio) por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros *sino también por los de todo el mundo*” (1 Juan 2:2). ¡Demos gracias a Dios!, que nosotros tengamos un fundamento para la buena esperanza que, como el Apóstol sugiere, permite que no suframos tanto como los que no tienen esperanza o los que tienen una esperanza poco sólida, que no está basada en las declaraciones positivas de la palabra de Dios.

Pero alguien puede decir que fue hace mucho que Jesús murió. ¿Por qué se permite que el pecado y la muerte reinen y devoren a la familia humana? Nosotros respondemos que Dios retrasó el envío del *sacrificio* por cuatro mil años, y aun retrasa el envío de la bendición que fue prometida por éste, que en última instancia resultará, cuya bendición estará asegurada en la “debida hora” de Dios. El objetivo del retraso, como lo explican las Escrituras, es doble:

Primero, permitir el nacimiento de un suficiente número de miembros de la familia humana que sean apropiados para llenar o poblar toda la tierra, cuando sea llevada a la perfección del Edén, y como un todo sea el

Paraíso de Dios restaurado en una mayor y más grandiosa escala. En la actualidad, estos ganan experiencia con el pecado y la muerte, y aprenderán una muy importante lección, a saber, lo excesivamente dañino del pecado y su inconveniencia. Tan pronto como la hora del Señor venga, la cual nosotros creemos que no está muy distante, él cumplirá su promesa y establecerá su Reino en el mundo, que atará a Satanás, restringirá todos los poderes e influencias que hoy están operando mediante el pecado y la muerte, y causarán que el conocimiento del Señor llene toda la tierra. Así Cristo bendecirá a la familia humana y la elevará paso a paso, hacia la gran perfección en la que fue creada, a la imagen de Dios como lo representaba el padre Adán. Este periodo de bendición es llamado el Reino del Milenio y fue por esto que el Señor nos enseñó a orar: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 4:2). Requerirá todo lo de este día de mil años, de bendición y restitución, para establecer la rectitud sobre una base firme en la tierra y para poner a prueba a la humanidad, para establecer qué seres humanos, mediante la obediencia a Cristo, pueden ser considerados como dignos de la vida eterna, y quiénes, a causa de la preferencia por el pecado, serán sentenciados a la Segunda muerte: “la destrucción eterna lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”. Estas bendiciones de la edad del Milenio se aplican no solamente a los miles de millones que ahora viven en la tierra, sino también a los miles de millones que se han ido a la tumba, la gran prisión de la muerte, de la cual nuestro Señor Jesús los llamará hacia las

oportunidades del Reino, como él declara: “Y tengo las llaves de la muerte y el Hades.” (Apocalipsis 1:18).

En segundo lugar, queridos amigos, el Señor ha retrasado la venida de la bendición general y de las oportunidades para el mundo, ya que nuestro Señor nos redimió, para que durante esta Edad Evangélica él pueda reunir, de entre la humanidad, a quienes él ha redimido, un “pequeño rebaño”, una clase “elegida”, discípulos, seguidores, santos. Él está buscando así “un pueblo peculiar”, “un Sacerdocio Real”, para que se asocien con él en ese Reino del Milenio, no para que participen con el mundo en la restitución de las condiciones terrenales, aunque perfectas, grandiosas y gloriosas, y para un hogar Edénico, aunque deseable, pero en todavía un mayor favor, de ser como su Señor, seres espirituales, partícipes de la naturaleza divina, muy por encima de los ángeles, principados y poderes, y partícipes de su gloria. ¡Qué maravillosa esperanza es ésta, y cuán inspiradora para los corazones de todos quienes han escuchado la invitación y que se han convertido en discípulos, en seguidores de Jesús, y que están buscando seguir sus pasos, como él nos ha puesto como ejemplo! ¡Qué bendición será alcanzada para tal gloria, honor e inmortalidad como es ofrecida a la Iglesia en la Primera Resurrección! y qué gran privilegio será el ser asociado con nuestro Señor al dispensar los favores divinos a toda la creación gimiente. ¡Venir al agua de la vida, y participar de esto libremente! Sí, en ese entonces en el Reino, el Espíritu y la Novia dirán “Ven” (porque habrá una Novia, el matrimonio del Cordero que tendrá lugar al final de esta Edad Evangélica), “Y el que quiera tome el agua de la vida gratuitamente.” (Apocalipsis 22:17).

¿No son éstas dos buenas razones por las que Dios retrasó el envío de la bendición tan pronto como fuera finalizado el sacrificio de redención en el Calvario? Con seguridad podemos nosotros regocijarnos en el retraso, y en nuestra consecuente oportunidad de ser llamados y de hacer firme nuestra vocación y elección.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de noviembre - diciembre de 2017)

